

# Bizancio y su importancia en la Historia Universal

*Fotios Malleros K.*

## *Apreciaciones Generales.*

“Para la milenaria vida espiritual y filológica de Bizancio, ha dejado ya —a partir del gran bizantinista Krumbacher y de los historiadores nuestros Zampelios y C. Papparigópulos—<sup>1</sup> de predominar la vieja opinión de que durante los tiempos bizantinos hubo estancamiento espiritual, falta de creatividad y en general, decadencia espiritual. Esta caracterización era injusta, porque derivaba de la comparación de la vida y la cultura bizantina con la vida helénica clásica. Cuán anticientífica y sin base histórica es una comparación de esta naturaleza, lo muestra un solo ejemplo: la lengua. Nadie cree hoy que la lengua neohelénica significa decadencia, por el hecho de ser distante de la de Platón y Jenofonte... No existen ni lengua ni épocas históricas originales, para que se tenga el derecho a sostener que cualquiera desviación de éstas... significa decaimiento y quiebra. El helenismo clásico no constituye modelo para ser copiado ni imitado ciegamente; una concepción tal del mundo clásico habría llevado a un servilismo eterno a todos los siglos posteriores y a la paralización consiguiente del progreso. El clasicismo del mundo antiguo consi te en lo contrario, es decir, no constituye el fin para la generaciones venideras sino el punto de partida de su creatividad civilizadora; no el techo, sino los cimientos del edificio de la civilización. Y ello porque en la vida

<sup>1</sup>Debemos mencionar los nombres de los grandes bizantinistas: C. Amandos N. H. Baynes, L. Bréhier, J. Bury, Ch. Diehl, Fr. Dölger, G. Finlay, H. Gelzer, F. Gregorovius, D. C. Hesseling, C. Hopf, N. Jorga, P. Kalligas, G. Kolias, F. Kukulés, S. Lambros, O. Lampsides, P. Lemerle, G. Ostrogorsky, A. Rambaud, K. Roth, S. Runciman, G. Schlumberger, F. I. Uspenski, C. Uspenski, A. A. Vasiliev, D. Zakythinos y tantos otros eminentes estudiosos que han investigado a fondo la historia del Imperio bizantino y han estudiado todas las circunstancias y todas las fases que atravesó hasta su caída bajo el dominio turco, a causa fundamentalmente de la Cuarta Cruzada, sobre la cual hablaremos más adelante.

hi tórica no existe estancamiento sino evolución, porque vida significa ésto precisamente: movimiento, cambio, en el sentido de una continuidad orgánica y una renovación de la tradición étnico-espiritual, una sucesión natural de situaciones orgánicamente conectadas entre sí... Por eso a pesar de los criterios inmutables de la suprahistoricidad, éstos no existen, como tampoco existen criterios absolutos de las épocas históricas, sino que cada una de éstas tiene su propia individualidad y su valor, los que deben medirse con normas axiológicas tomadas de la época en juicio. Así también la época bizantina no se puede valorar con los patrones del mundo clásico antiguo ni tampoco puede sostenerse científicamente una comparación entre el período clásico y el medieval. No se puede comparar el Partenón con Santa Sofía ni la pintura bizantina con las composiciones de Polignoto, ni Romanós con Píndaro, ni, naturalmente, Pisides con Eurípides. El mundo bizantino es un mundo propio... con su individualidad particular y su propio sello histórico y como tal debemos entenderlo e interpretarlo”<sup>2</sup>.

Sin embargo, todavía hoy suélese hablar despectivamente de Bizancio, acerca de sus intrigas cortesanas y discusiones teológicas. Tales críticas superfluas emanan de historiadores de siglos anteriores, que actuaban movidos por las diferencias religiosas existentes entre Oriente y Occidente, vale decir, bajo el influjo del famoso cisma o por erróneas interpretaciones de la posición histórica de aquel Imperio cuya vida milenaria ha sido caracterizada de milagrosa, y su aspecto histórico y cultural “como segundo milagro griego”<sup>3</sup>. Es pues un grave error, al hablar de Bizancio, recordar las polémicas religiosas (bizantinismo) y no procurar comprender la causa que las promovió, olvidando, en cambio, los excepcionales servicios debidos al helenismo bizantino.

Antes de proseguir, conviene recordar la opinión del destacado historiador ruso Vernadsky, quien dijo: “La civilización helénica medieval, debido a su rica y singular composición, ejerció sobre la civilización de toda la humanidad no menos influencia que la civilización helénica clásica”<sup>4</sup>.

<sup>2</sup>Vourveris, Constantinos. *Introducción al Conocimiento de la Antigüedad y de la Filología Clásica*. Atenas, 1967, pp. 205-206.

<sup>3</sup>Ballesteros-Gaibrois, Manuel. *Historia de la Cultura*. Madrid, 1945, p. 595. (Véase Malleros, Fotios: *El Imperio bizantino; 395-1204 (historia, cultura y derecho)*, Santiago, Chile, Editorial Universitaria, 1951, p. 23.

<sup>4</sup>*Byzantinisch-Neugriechische Jarbücher*, 1928, v. 6, p. 119. Véase también Neuman, C.: *Die Weltstellung des byzantinischen Reiches von den Kreuzzügen*, p. 40.

En verdad, frente a los servicios prestados por el helenismo bizantino, ¿qué sentido pueden tener las disputas teológicas? Pero tratemos más bien de comprender la significación de aquel Imperio que, en el decir de otro especialista, de Philipson, “constituye uno de los fenómenos extraordinarios de la Historia Universal”<sup>5</sup>.

*Grandes invasiones y defensa (importancia histórica).*

Prescindiendo de la Guerra de Troya, durante cuyo transcurso los antiguos griegos entraron por vez primera en conflicto con los asiáticos, en territorio de estos últimos, sólo con un pueblo de Asia, con los persas, tuvieron los helenos que luchar, derrotándolos al fin. Débese decir también que los persas eran un pueblo civilizado, en tanto que los otros asiáticos (hunos, ávaros, búlgaros, árabes y diversas agrupaciones de turcos) contra los cuales Bizancio hubo de combatir, carecían casi de toda civilización. La derrota del Imperio persa (Alejandro Magno) tuvo por consecuencia que el helenismo se extendiese por los países del Asia hasta Mesopotamia y más allá y no pudiese, por tanto, resistir la invasión romana. “Es sin duda maravilloso espectáculo contemplar la civilización griega difundida por tan vastos espacios y tantos países nuevos abierto a la curiosidad y a la actividad del Occidente. Mas había en tales empresas algo desmedido, completamente ajeno al genio helénico y hasta opuesto a los intereses de Grecia... Se puede pensar que la irradiación de este espíritu (griego) hubiera sido más grande y más fecunda si Grecia, sin llevar tan lejos su dominio, hubiera concentrado sus fuerzas y formado una verdadera nación”<sup>6</sup>. Así pues, “el helenismo experimentó una honda transformación”.

Otro es, en cambio, el caso de Bizancio, aun cuando los herederos de los romanos, los venecianos, contribuyeron a la conquista de Constantinopla en 1204, al debilitamiento consiguiente del Estado bizantino y a su disolución a manos de los turcos. Sin embargo, antes de su caída, el Estado de Bizancio luchó mil años contra los nómades del Asia que, durante la Edad Media, se lanzaron desde Arabia, los montes Altai y el Turquestán a la conquista de Europa.

<sup>5</sup>*Geographische Zeitschrift*, 1934, v. 40, p. 441.

<sup>6</sup>Jouquet, P.: *El Imperialismo Macedónico y la Helenización del Oriente*. Traducción del Dr. F. L. de la Vallina y Argüelles. Barcelona, 1927, p. 495. (Cita Malleros, F., *ob. cit.*, p. 16).

La posición geográfica del Imperio Bizantino, que hasta comienzos del siglo VII comprendía territorios de tres continentes, y particularmente su situación en Asia, ha condicionado su trayectoria histórica y su desarrollo político y civilizador.

Hasta la séptima centuria Bizancio controlaba el comercio en el Mar Negro y en el Mediterráneo —después de la derrota de los vándalos en 533—, a la vez que por el Mar Rojo y el Océano Indico afluían a las ciudades del Imperio piedras preciosas y esencias. En sus manos descansaba, pues, el monopolio del comercio universal y ningún Estado podía competir. Este comercio universal, practicado principalmente por griegos y sirios, reportaba cuantiosas riquezas al Estado y estimulaba el desarrollo de las artes, sobre todo el de la miniatura en marfil.

Si en Bizancio hubiese vivido un pueblo militarista y carente de espíritu económico, como posteriormente demostró ser el de los turcos, sin duda no habría podido servir a la civilización ni sufragar los ingentes gastos demandados por las continuas y milenarias guerras sostenidas en contra de los asiáticos.

Su situación geográfica y su extensión por Europa, Asia y África, más su dominio marítimo hasta el Indico, favorecieron la vida económica de Bizancio, indispensable condición para su prolongada existencia. Mas, por otra parte, esa misma posición geográfica debía de atentar contra la seguridad del Estado por cuanto lo dejaba expuesto a las invasiones de Asia.

Ningún otro Estado medieval, ni el franco ni el árabe, tenía tan grande dimensión geográfica ni tanto enemigo que enfrentar. El Imperio árabe, luego que hubo avanzado por África occidental y España, se dispersó perdiendo su unidad. Los árabes de España se organizaron en un Estado independiente y siguieron su propio camino en la civilización: otro tanto hicieron los musulmanes de la India.

Cuando en 395 el Estado bizantino separóse del Estado romano Occidental, hubo de afrontar de inmediato el peligro germano. En efecto, los germanos, al tiempo que atacaban los países de Occidente, amenazaban al Imperio Oriental. Los germanos, pueblo de guerreros, conducidos por audaces caudillos, organizaron en el seno del Imperio Romano varios pequeños Estados, todos los cuales iban a ser más tarde disueltos: tales fueron los Estados vándalo, visigodo, ostrogodo y burgundio. Por su parte, también Bizancio viose por momentos en grave peligro, cuando en 395 los godos tuvieron jefes

como Alarico, pero de esa situación se salvó gracias al movimiento antigermánico de los helenos dirigido por los políticos Aureliano y Artemio. Posteriormente, nuevo germanos, los ostrogodo, emprendieron desastrosas incursiones en Macedonia y el resto de la Península Balcánica septentrional, pero Bizancio logró desviarlos rumbo a Italia y lanzarlos en contra de otros germanos. También las tribus germánicas de los hérulos, gótipas y longobardos, preocuparon con sus correrías a Bizancio en tiempos de Justiniano, mas el emperador los dispersó, disolvió y alejó de Oriente.

El peligro germano amenazó, pues, durante 150 años a Bizancio, que salvó e en última instancia merced a su diplomacia y superioridad política. Posteriormente, y hasta el siglo XII, Bizancio será atacado por tribus provenientes del corazón de Asia. En primer término, los nómades de los montes Altai, los hunos, invadieron Europa devastando los países septentrionales de la Península Balcánica, al mando de Atila, el "Étscl" de la poesía germánica<sup>7</sup>. Ello completaron la catástrofe de los ostrogodos y fueron los causantes de la merma de la población en las provincias rurales y en las ciudades no fortificadas de la región. En el siglo VI, hunos y ávaros alcanzaron hasta Tesalónica, y tantas fueron sus depredaciones que favorecieron e hicieron posible la instalación de pueblos jóvenes, es decir, de los eslavos y posteriormente de los búlgaros.

Los primitivos pobladores se desplazaron hacia el sur o ascendieron a las regiones montañosas. En adelante, a los antiguos tracios, de quienes llamados valacos, se les encuentra en las inmediaciones del monte Emos y en otros lugares. Los ilirios sobrevivientes escalaron las montañas de Albania y de ellos proceden los actuales albaneses.

Como podemos apreciar, Bizancio eludió a los germanos, pero las catástrofes que ellos con ellos con umaron. como asimismo las que hicieron diversas tribus de hunos, tuvieron por consecuencia el exterminio de pueblos antiquísimos de la Península Balcánica: de los ilirios y tracios, e hicieron posible el establecimiento de los eslavos, quienes asimilaron los restos de los pueblos más antiguos. Este hecho de singular importancia se debe atribuir también, en parte, a los errores políticos de Justiniano, que concentró su interés en Italia y desatendió los Balcanes. Pero sobre todo se debe a las ininterumpidas invasiones, que, por más de dos siglos, llevaron a efecto

<sup>7</sup>Amandos, C.: *Historia del Estado bizantino*. Atenas, 1947, v. 2, p. 4.

germanos y hunos. En lo sucesivo, en vez de los dos pueblos históricos que nos ocupan, es decir tracios e ilirios, Bizancio tiene por vecinos a eslavos y búlgaros de los cuales estos últimos, nómades y de origen turco, menospreciaron las labores agrícolas, prefiriendo, en cambio, y por siglos, irrumpir en territorios del Imperio Bizantino.

Conocemos las luchas sostenidas por Bizancio contra los persas, a quienes venció el emperador Heraclio. Apenas finalizadas las guerras en su contra, se hace presente un nuevo peligro: los árabes. Movidos por el ímpetu de su vida nómade y su nueva religión, se apropiaron en el siglo VII de Egipto y Siria, vale decir, de las provincias más ricas del Imperio. Partieron luego de Siria y durante treinta años menudearon los ataques al Asia Menor y sus correrías por el Mediterráneo y el Egipto. Recién en la décima centuria pudo Bizancio derrotarlos y reconquistar parte de Siria y Mesopotamia. En este lapso, la tribu de los búlgaros se estableció en el país a que dio su nombre; desde ese lugar se lanzaron sobre Tracia. Finalmente, en 1018, Basilio Bulgaróctono les infligió aplastante derrota. El Estado búlgaro estaba pues disuelto y los árabes totalmente derrotados, cuando en el siglo XI surge el peligro de los turcos, quienes aunque al comienzo irvivieron de mercenarios a los árabes, terminaron por tomar la dirección del Estado arábigo, inyectando vigor al desfalleciente mahometanismo.

La infiltración turca fue facilitada por otra amenaza germánica, la de los normandos, llegados del norte de Italia, y cuya presión obligó a Bizancio a conceder granjerías económicas a los venecianos y a otros italianos, naturalmente a costa de su propio debilitamiento. Así pues, la invasión y conquista turca coincide con invasiones germánicas y más tarde, en general, con la amenaza europea cuando, en 1204, italianos, franceses y otros cruzados de Europa ocuparon Constantinopla. En 1261 Bizancio consigue expulsar a los francos de la capital imperial, pero no del resto del Estado, permaneciendo las islas, partes del Peloponeso y otras regiones bajo el dominio de éstos. De la catástrofe de 1204 jamás consiguió restablecerse Bizancio.

Durante mil años, entre los siglos V y XV, las luchas de Bizancio contra sus enemigos no cesaron jamás y la mayoría de esos enemigos eran tribus bárbaras con una forma de vida prehistórica. Claro está que en tan difícil lucha no se valió tan sólo de las armas, sino además, "de la prodigiosa habilidad de su diplomacia y de la inte-

ligencia de sus misioneros. Por ello sobrevivió tantas centurias y extendió su civilización por Oriente, dejando en el mundo una huella imborrable”.

Los europeos se han jactado con no poca frecuencia de la victoria que obtuvieron sobre los hunos el año 451, en Francia, salvando con ella la civilización de Europa. Pero Bizancio rechazó durante mil años a los asiáticos que pretendían asolar a Europa, salvaguardando continuamente durante este lapso aquella civilización, a la que luego modificó preservando y completando el derecho romano y cultivando las letras griegas clásicas.

¿Qué otro Estado o qué otra nación puede señalar tan importantes servicios prestados a los europeos, quienes, no obstante, contribuyeron ostensiblemente al predominio de los turcos?; y frente a esta excepcional actuación histórica de Bizancio, ¿qué importancia pueden tener las discusiones escolásticas o teológicas y las sediciones que, hasta cierto punto, son justificables?

#### *Factores de la supervivencia. Tradición helénica. Letras y artes.*

Se exagera sin duda al sostener que la tradición y continuidad romanas han ejercido grande influencia en Bizancio. Claro está que los emperadores querían denominarse “romanos” y este nombre quedó ligado al pueblo griego, sobre todo debido a que, al menos hasta el siglo X de nuestra era, llamábase “helenos” a los paganos, a los idólatras. Pero el sentido de la concepción monárquica cambió merced al cristianismo, y ya no fue romana ni en su apariencia exterior<sup>8</sup>.

Justiniano I acariciaba todavía la idea irrealizable de la unión del Imperio Romano y por ella auspició en Italia prolongadas guerras contra los godos. En lo demás, la política de este emperador es de orientación grecocristiana y no romana. Vemos pues, que el hecho de llamarse “romano” en nada contribuyó a que Bizancio viviera tantos siglos, y por el contrario, las razones de esta supervivencia deben buscarse en las condiciones geográficas y en la acción del helenismo de Oriente, que produjo tantos hombres capaces y puso al servicio del Imperio los medios económicos y espirituales en su lucha contra los asiáticos.

Los altos funcionarios bizantinos eran, en su mayoría, hombres

<sup>8</sup>Véase Runciman, *Op. cit.*: *La Civilización Bizantina*. Traducción del inglés de A. J. Dorta, Madrid, 1952, pp. 25-26.

de aptitud y preparación excepcionales, y no deja de ser impresionante el hecho de que muchos de ellos escribieran versos en griego antiguo; en general, mantuvieron continua comunicación intelectual con los escritores clásicos antiguos. Ello, claro está, constituía una forma de cultura verdaderamente insólita para la época. Como escribe Carlo Diehl<sup>9</sup>, los hombres preparados y, por consiguiente, también los altos funcionarios leían a Homero, Heíodo, Píndaro, a los poetas trágicos, a Ariófanos, Tucídides, Polibio, Aristóteles, etc. Una comunicación tan con tanta y grande con los antiguos pensadores no podía sino ejercer influencia en lo espiritual y en la moral, más aún en complemento con los grandes ejemplos del cristianismo. Es por eso que con frecuencia se escuchaban tantos elogios sobre la virtud y la eficiencia del Imperio, lo mismo respecto de los civiles que de lo eclesiástico. No contribuyó pues —repetimos— el nombre y la tradición romanos a la prolongada vida de Bizancio, sino la capacidad de sus jefes y el contacto —raro en la Edad Media— con las letras antiguas y los grandes escritores cristianos, tales como Sinesio, Crisóstomos, San Basilio y otros.

Si para Roma tuvieron honda significación las letras griegas y en general la civilización helénica (*Graecia capta ferum victorem cepit...*), cuanto más para Bizancio, donde hasta modestos monjes y, en una palabra, todo el mundo, escribía imitando a los antiguos. Tal imitación, que pecaba de unilateral, fue causa de que se menospreciaran la lengua y el pensamiento populares y al fin el propio pueblo, lo que siempre tiene consecuencias negativas, puesto que toda creación original y valiosa surge ahí donde existe contacto con el pueblo, ahí donde coopera el pueblo, fuente inagotable de vitalidad. En Bizancio puede decirse que el pueblo sigue de cerca el desarrollo del arte como parte integrante de la religión, pero no sucede lo mismo con la literatura. El arte es accesible aun a un simple obrero capaz de construir artísticamente un templo o una casa.

El desenvolvimiento del arte bizantino debe ser interpretado como el producto del ambiente griego sin cuya concurrencia prácticamente no hubiese sido posible. Como sostiene Schweinfurth en su obra *El estilo bizantino*, “en la fuerza que elabora diversos elementos técnicos y llega en el arte a crear el estilo bizantino se manifiesta el espíritu helénico (*genius*), que supone la existencia de la nación helénica”, y prosigue en otra parte el mismo sabio:

<sup>9</sup>Diehl, Carlos: *Grandeza y Servidumbre de Bizancio*, traducción de A. E. Lorenzana. Madrid, 1943, p. 196 y siguientes.

“la sencillez, la sobriedad y la claridad del arte bizantino llevan impreso el sello del espíritu helénico. En Bizancio nadie sino el helenismo ha recibido la herencia del arte antiguo y ese helenismo continúa su obra bajo otras condiciones”<sup>10</sup>.

“Nos gustaría conocer a estos maestros bizantinos de los que tan sólo nos han llegado los nombres por las firmas que aparecen en las inscripciones o en manuscritos iluminados o por alguna anécdota que, por otra parte, nada tienen que ver con sus obras. Hemos de resignarnos a no saber nada ni de su origen, ni de su educación, ni de las etapas de su carrera artística. Sólo a través de sus obras podemos hacernos una idea de su temperamento y de su personalidad”.

Son palabras de L. Bréhier que en su interés ante obra *La civilización bizantina* nos da una bibliografía completa al respecto. El eminente bizantinista francés, refiriéndose a la iglesia monumental de Santa Sofía, expresión máxima del arte bizantino, dice: “La Iglesia de Justiniano que pudo resistir catorce siglos, representa el más poderoso o esfuerzo que hayan realizado jamás los alarifes bizantino y es al mismo tiempo la obra que mejor manifiesta la originalidad de su arte. Sin sus anexos, que hoy han desaparecido, ocupa una superficie de 10.000 metros cuadrados, con 77 metros de largo por 71 metro y 70 centímetros de ancho. La actual cúpula reconstruida el año 562 y menos atrevida que la primera, que se hundió en el 558, se eleva a 54 metros del suelo. Con un diámetro de 31 metros, es decir, sobrepasa en altura a la del Panteón de Roma (43 metros) y las bóvedas de nuestras catedrales góticas”<sup>11</sup>. Y concluyendo sobre el arte bizantino, agrega:

“Por Constantinopla se propagó el arte bizantino más allá de la frontera del Imperio; en varias épocas llevaron sus artistas a Italia, a Sicilia, a Venecia, a Servia, a Rusia, a los países Caucásicos, etc., los sistemas técnicos y artísticos de construcción y de ornamentación elaborados a orillas del Bósforo”, aunque, como dice “por brillante y trascendente que fuera, no era el de Constantinopla el único foco de aquel arte”. Sin embargo, como apunta, “un grupo de monumentos construidos en los siglos v y vi se ajustan a las mismas

<sup>10</sup>Schweinfurth, Ph. *Die Byzantinische Form, ihr Wesen und ihr Wirkung*, 1943, p. 19.

<sup>11</sup>Bréhier, L. *La Civilización Bizantina*. Traducción de José Almoína. México, 1955, pp. 369-370.

tradiciones, oriental y helenística, que es lo que caracteriza una escuela de arte<sup>12</sup>.

Si, por una parte, el contacto en Bizancio con las letras griegas antiguas significó un desapego del alma popular, por otra confirió a la clase de los altos funcionarios civiles y eclesiásticos que dirigían el Estado, una relevante superioridad.

En ningún otro Estado medieval y, en cierto modo, en Estado alguno de los tiempos modernos púdose hallar funcionarios de tan alta cultura, los superiores, naturalmente, pues de los otros no tenemos referencias. Y aunque los bizantinos son en extremo piadosos, se abocan al examen de los antiguos escritores paganos, sin que tal actitud promueva en ellos escándalo. Tan enorme es la admiración y tanta la necesidad de comunicación con Homero y toda la pléyade de escritores griegos clásicos y cristianos.

Esta grande inclinación hacia las letras griegas, y la *producción espiritual de los bizantinos*, está señalando la mayoría helénica de la población de Bizancio, cosa que a veces se pone en duda, naturalmente sin razón, aun cuando no más se tratase de la del siglo VII en adelante. Esta helenidad la confirman también los nombres propios. Contados son, en cambio, los nombres propios extranjeros que, en gran parte, corresponden a eslavos o a soldados emparentados con familias griegas. Si la población de Bizancio hubiese estado constituida por búlgaros o armenios, no habría existido el deseo de escribir en griego antiguo o de leer a Homero. De éstos, los búlgaros ofrecieron tenaz resistencia a la civilización bizantina, pues era norma suya no aceptar ni leyes, ni arte ni letras. Las escasas versiones a su lengua son obra de sus arcontes, como Simeón y otros. Lo contrario ocurre con los armenios: ellos prestaban servicio en los ejércitos imperiales y algunos de ellos llegaron a generales e incluso al trono, pero ya convertidos en grecoarmenios y educados en moldes de la cultura helénica. Es también digno de anotar que los armenios, por el contacto adquirido desde el siglo V con la letras griegas de Bizancio, crearon interesantes literatura y arte. Otro tanto había sucedido anteriormente a los sirios y más tarde ocurrió a los servios. Por el contrario, los nuevos nómades y guerreros, ajenos a la influencia bizantina, permanecieron incultos, como los kirguises del Cáucaso, los kurdos, los búlgaros y los turcos.

También favorecieron el cultivo de las letras antiguas los monas-

<sup>12</sup>Bréhier, L.: *ob. cit.*, pp. 365-366.

terios, de los cuales muchos que existían en Constantinopla florecieron en determinados períodos, pero la mayor parte de los literatos bizantinos cursaban sus estudios en la Universidad de Magnaura, en Constantinopla. Todos los monasterios poseían valiosas bibliotecas donde los monjes copiaban manuscritos, tarea esta que terminaba por hacerlos literatos. Muchos eran también los intelectuales, de avanzada edad, que buscaban la paz de los monasterios donde estudiaban y escribían y, parece, dictaban lecciones a pequeños grupos de alumnos. De ahí que simples monjes llegaran a obispos y patriarcas. Pero, además los monasterios cumplieron otra gran función: practicaron los mandamientos cristianos sobre el amor y la filantropía y ayudaron al progreso social.

En el siglo VIII, en los tiempos de la iconoclastia, cuando se procedió a cerrar monasterios y a confiscar sus bienes poniendo atajo a su obra filantrópica, se provocó la reacción contra la iconoclastia. Superada en el siglo IX la querrela de los iconos, empiezan a afluir donaciones a los monasterios, a tal punto que un siglo más tarde, para frenar el exagerado filantropismo, el emperador Nicéforo Focas prohibió la fundación de aquéllos.

### *Imperio e iglesia.*

Cuando nos referimos a lo monasterio de Bizancio no debemos olvidar los grandes servicios que prestaron a las letras griegas, ni su obra de filantropía, que constituye elemento principal de la civilización helénica durante la Edad Media. La Iglesia fue, según Diehl, "gran escuela de la Nación"<sup>13</sup>.

Con justicia se ha dicho que "característica básica de la vida de la Edad Media es, a más de otras cosas, la estrecha dependencia y colaboración entre el Estado y la Iglesia"<sup>14</sup>. "La Iglesia y el Imperio formaban un solo organismo dirigido por el emperador y por el patriarca, aquél reinaba sobre los cuerpos, éste sobre las almas"<sup>15</sup>.

Asimismo, muchos monjes se destacaban por su valor moral y su trabajo creador, y, además, por los martirios a que voluntariamente se sometían, como hicieron, por ejemplo, Máximo el confesor y otros.

<sup>13</sup>Diehl, Ch.: *ob. cit.*, p. 244. Véase también: Kolias, G.: *Bizancio y Cristianismo*. Salónica, 1955.

<sup>14</sup>Kolias, G.: *Iglesia y Emperador en Bizancio*. Atenas, 1959, p. 5.

<sup>15</sup>Bréhier, L.: *Las Instituciones del Imperio Bizantino*. Traducción de José Almoína. México, 1956, p. 388.

Es común oír elogios sobre los monjes irlandeses por su obra de divulgación de las letras en Europa occidental, pero los monasterios y los monjes de Bizancio reúnen mayores méritos por los servicios que hicieron a la civilización. Con todo esto no debemos olvidar, como dice el gran bizantinista Krumbacher, que “la nueva fe había sido preparada en terreno idólatra por el sometimiento de los pueblos a los romanos, la pérdida de la antigua creencia en sus dioses, la corrupción de la sociedad, las enseñanzas humanitarias de los estoicos y por la tendencia mística del neoplatonismo”<sup>16</sup>.

Sería largo recordar cómo no obstante el profundo sentimiento religioso de los bizantinos, pudieron consumarse tantos crímenes, tantas anormalidades en un Estado que pretendía marchar a la cabeza del mundo. Sólo una cosa tenemos que observar: que Bizancio, en la aplicación del cristianismo, como en tantas otras cosas, fue el país de las más curiosas antítesis y solamente un examen detenido de los acontecimientos permite juzgarlo con imparcialidad y justicia.

La victoriosa defensa de Europa durante mil años de los bárbaros asiáticos, la asimilación que hiciera el cristianismo de las distintas religiones orientales, la lucha sostenida contra las herejías, la unión religiosa impuesta por la ortodoxia, la admirable y emocionante providencia de la Iglesia, son hazañas de Bizancio que tienen significación cosmo-histórica y marcan una etapa trascendental en la historia universal.

### *Influencias recibidas.*

Hablando sobre la influencia oriental tenemos que observar lo siguiente: El Oriente está ligado a la historia de los griegos desde muchos años antes que Roma y el cristianismo, y sus influencias en la vida externa e interna alcanzan a proporciones que escapan a la investigación objetiva. Tales relaciones estrechas y recíprocas entre Grecia y Oriente se confirman desde la época micénica. Y si bien es cierto que la influencia oriental menguó considerablemente en los siglos que señalan el desarrollo más original y poderoso del espíritu helénico, dirigido desde Atenas, comenzó de nuevo a manifestarse con renovado vigor desde que Alejandro

<sup>16</sup>Krumbacher, K.: *Literatura Bizantina*. Traducción del alemán de C. Karuzos. Atenas, 1925, pp. 21-22.

Magno condujo a los griegos a países lejanos, ha ta el Turquestán y la India.

Los países asiáticos y africanos que los griegos conquistaron pasaron a ser auténticos focos del helenismo, pero el contacto que los griegos mantuvieron en esas apartadas regiones con sus habitantes y con las antiguas civilizaciones del Asia fue completamente distinto del que habían conocido en épocas anteriores. Y al tiempo que su dispersión por el Asia y Africa convertía a los helenos en cosmopolitas y hacía su lengua universal, ellos sufrieron fuertes y múltiples influencias de los países que conquistaron.

Núcleos principales de la *Paideia* griega fueron las cosmópolis de Alejandría, Antioquía y más tarde Gaza en Palestina, Berito en Fenicia, Tarsos en Cilicia, Nicea, Cesarea, Nicomedia, etc., y más allá, hacia el Oriente, como último reducto del helenismo, Seleucia en el Tigris.

La civilización occidental, aun cuando tuvo influencia sobre la vida bizantina en los siglo que precedieron a la toma de Constantinopla, muy poca ejerció, en cambio, sobre la vida intelectual. Y aunque la génesis de la literatura popular no precisó del ejemplo de Europa occidental, cierto es que esa literatura neohelénica florece sólo de pués de la Cuarta Cruzada, la cruzada latina, cuando los jefes francos se hubieron establecido en casi todos los países griegos. Rompióse entonces el poder centralizador de la capital del Imperio y los helenos se familiarizaron con la poesía romántica de los francos. El rechazo que en los helenos suscitaban los latinos y su religión, no le impidió, sin embargo, asomarse con entusiasmo a la literatura popular del Occidente. Y a partir del siglo XIV no hay poesía griega libre de influencia occidental. Este hecho podemos reconocerlo fácilmente, mas no determinarlo con precisión.

“La civilización occidental no penetró con igual vigor en todos y cada uno de los países griegos ni tampoco fue en todas partes de la misma duración. Y, todavía más, ignoramos cuándo y dónde se escribió literatura popular, de la cual poseemos escasos ejemplos. En Chipre tradujéronse algunos sonetos de Petrarca, conservando fielmente el metro original; otro tanto hízose con las obras de Boccaccio; pero es muy probable que ello sucediera al finalizar el último período de la historia bizantina”<sup>17</sup>. No es difícil sor-

<sup>17</sup>Hesseling, D. K.: *Bizancio y Civilización Bizantina*. Trad. al griego por Sakelarópulos S. K. Atenas, s. f., p. 384.

prender, a través de ciertas poesías, la influencia que Occidente ejerció sobre el desarrollo poético de los griegos. Por ejemplo, en poemas que describen la vida del más allá, se puede apreciar la fusión y a veces la complementación de ideas helénicas y romanas. En la poesía lírica y sobre todo en la erótica se ve mejor la independencia del espíritu griego.

Como hemos dicho en otra oportunidad, “ciudades y montañas se vieron sembradas de castillos francos, y allí donde antiguamente fueron escuchadas las rapsodias de Homero y las inmortales poesías de Baquilides, Píndaro, Sófocles, Anacreonte, etc., ahora, en las apacibles noches, las patéticas y románticas canciones de los trovadores llenaban los aires. Tenemos de esta manera, y luego de la Cuarta Cruzada, un acercamiento histórico de ambos mundos con sus benéficos resultados y sus malas consecuencias debido al odio religioso. Sobre este acercamiento, precisamente, Goethe realiza la unión simbólica de Fausto y Elena. La permanencia de los francos en Grecia sirve al poeta como base para su obra”<sup>18</sup>. Algo más queremos agregar, y no es opinión nuestra sino del distinguido bizantinista D. K. Hesseling: “Hay un asunto —dice el sabio— sobre el que los romanistas no concuerdan, y es el de cómo han podido penetrar en muchos cuentos antiguos elementos de origen griego. A este respecto, prosigue Hesseling, parece que los franceses enriquecieron su fantasía con dichos elementos.

“Desde siempre los griegos, con esa curiosidad innata en ellos por conocer lo que sucede en países extraños y con la singular facilidad que para comprenderlo poseen, han logrado conciliar un espíritu severo y conservador, lo que les permite asimilar lo que de fuera reciben. También hoy en día, cuantos griegos viven en Francia, Alemania y otros países, tras algunos meses conocen el idioma y se ambientan perfectamente a la vida de esos países, de tal suerte que el observador superficial piensa que han perdido su entusiasmo. Pero cuando después de largos años ellos retornan a la patria, vuelven a ser griegos entre los griegos. Ningún cambio experimentan, ni en lo que se refiere a sus concepciones sobre la vida, ni en sus creencias religiosas, ni en su lengua natal”<sup>19</sup>. Este juicio que el de tacado estudio o emite sobre los helenos nos mueve a decir algunas palabras acerca de la etnología de Bi-

<sup>18</sup>Malleros, Fotios: *Elena de Goethe o el espíritu antiguo y el romanticismo*. Anales de la Universidad de Chile N.os 73 y 74. Santiago, Chile, 1949, p. 11.

<sup>19</sup>Hesseling, D. K.: *ob. cit.*, p. 349.

zancio, lo cual nos ayudará a comprender mejor su significación en la historia universal.

El nombre de “romano” que se adjudicaban los emperadores de Bizancio, como asimismo el término de “bizantino”, que data de los tiempos modernos, son con frecuencia motivo de confusión. Fuera del nombre mismo no existen en Bizancio romanos o italianos y el latín sólo era empleado por algunos abios, principalmente por los legistas. Los italianos llegaron al Oriente, a algunas de sus islas y ciudades, con posterioridad al año 1214, y por su minoridad numérica terminaron helenizándose.

Hasta el siglo vii había en Bizancio ilirios, tracio, sirios, etc., pero después de este siglo no se les encuentra en el Imperio y sólo quedaron en él elementos griegos. De otra parte, con frecuencia muchos armenios se trasladaban a las provincias del Asia Menor, en donde al contacto con los griegos se helenizaban. También en las provincias más apartadas de Asia Menor la población se había helenizado debido al predominio de los griegos que, desde los tiempos de Alejandro Magno y por un milenio, las habitaron.

A partir de Heraclio, siglo vii, las antiguas lenguas del Asia Menor no se encuentran en ninguna parte, por cuanto se radicaron allí pueblos extranjeros, como ser godos y gálatas, que tomaron en seguida los nombres característicos de godo-grecos y greco-gálatas.

Cada cierto tiempo Bizancio tenía por norma repartir tierras entre los soldados mercenarios que habían servido en los ejércitos imperiales y quienes por su reducido número no alteraban en absoluto su composición racial. De modo, pues, que desde la séptima centuria Bizancio es totalmente griego, salvo una reducida proporción de extranjeros. La helenidad de Bizancio se ve también en las manifestaciones de su vida: aunque a sí mismos se llaman romanos, durante toda su historia los bizantinos escriben en griego, y este idioma, que se transmitió verbalmente, experimenta una evolución pareja en todas las partes del Imperio, salvo en las regiones apartadas como el Ponto, Capadocia, Italia Meridional, en donde a más de las características griegas adquiere rasgos locales<sup>20</sup>. En verdad llega a ser incomprensible la desaparición del latín en un Estado orgulloso de titularse Romano.

<sup>20</sup>Hay un estudio del periodista Demetrios Lambikis intitulado *El Helenismo de la Italia del sur* (Grecia Salentina) (Atenas, 1933) donde se demuestra que hoy día se habla el griego y se escribe con letras latinas. Lambikis de-

“El latín era el idioma del Estado y de sus autoridades. Pero el comercio y el tráfico, la ciencia y el arte y sobre todo la religión, vivían en el idioma de los griegos, en el espíritu de los griegos, tal como los años lo habían formado desde que el Asia Menor hasta el Eufrate, las Indias y el Egipto fueron conquistados y transformados por el helenismo. Tres siglos tardó el Imperio Romano Oriental en recibir el sello completo de su carácter griego”<sup>21</sup>.

“Es evidente que en el Imperio Bizantino existía la tradición romana, pero en realidad culturalmente la influencia helénica fue profunda. En efecto, la lengua, la nacionalidad y en general la tradición griega predominaban en forma absoluta de modo que posteriormente el Imperio Romano del Oriente llegó a transformarse en Estado helénico medieval, con la homogeneidad que le impuso la religión cristiana”<sup>22</sup>.

“El Imperio Bizantino —dice Louis Bréhier, resumiendo su opinión sobre Bizancio— es el desarrollo orgánico del Imperio Romano al hacerse cristiano y helénico, y en él se encuentran ya juntos los tres elementos fundamentales de la civilización europea: el helenismo, el derecho romano y el cristianismo... La sociedad bizantina es la continuación directa de la sociedad antigua. Las invasiones bárbaras que trastornaron al Occidente desde el siglo v no lograron dominar del todo la Sociedad Oriental hasta el siglo xv... Constantinopla cumplió para las sociedades eslavas, obra análoga a la que Roma realizó entre los pueblos germánicos”.

“He aquí en pocas palabras —dice Tatakis— lo esencial que puede decirse acerca de Bizancio. Y esto, que es válido para la historia civil y social, lo es también para la historia del pensamiento”<sup>23</sup>.

### *Vida económica.*

Parecería conveniente ahora decir unas pocas palabras sobre la superioridad económica de Bizancio y para ello empezaremos ci-

---

muestra que no solamente el lenguaje vive, transformado naturalmente, sino además las tradiciones griegas.

<sup>21</sup>Heisemberg, A.: *El Imperio Bizantino* en Historia Universal de W. Goetz, trad. de M. García Morente. Madrid, 1946, v. 3, pp. 185-186.

<sup>22</sup>Kolias, G. *Bizancio y Cristianismo*. Apartado del periódico “Gregorios Palamás”. Salónica, 1955, p. 111.

<sup>23</sup>Tatakis, B.: *Filosofía Bizantina*. Traducción del francés por Demetrio Núñez. Buenos Aires, 1952, p. 16.

tando al gran bizantinista inglés Esteban Runciman: “La historia del Imperio Bizantino —dice Runciman— es, en sus líneas generales, la historia de su política financiera y del comercio de la Edad Media”<sup>24</sup>. La vida económica de Bizancio, en la que participa hasta el siglo VII como factor poderoso el elemento sirio, es dirigida, desde ese siglo, exclusivamente por los griegos.

El auge financiero y la superioridad espiritual de los helenos explican el milagro de la prolongada existencia de este Imperio, como, por otra parte, la inepticia de los romanos para resolver los problemas económicos del siglo III de nuestra era, determinó la paulatina disolución de su Estado a manos de los pueblos germánicos. Asimismo, la política de saqueo practicada por los turcos y su ineficacia en el terreno de las finanzas explican que fueran superados por los cristianos y que decayese su Estado.

Los bizantinos, de de el siglo VII, imprimieron vigoroso impulso a la agricultura, sobre la que fundamentaron su economía. El Estado repartió tierras a los agricultores y obtuvo a cambio sus servicios militares. Y cuando en el siglo XI se mostró desinterés por esa clase especial de agricultores-soldados, Bizancio perdió el Asia Menor y ya no pudo oponer resistencia a los persistentes ataques de sus enemigos. La protección que en épocas normales mereció a los gobernantes el agricultor-soldado, se desprende también de la famosa Ley Rural, dictada en el siglo VIII, en tiempos de León III el Isáurico. Existían, pues, en Bizancio una bien organizada agricultura y ganadería, que proporcionaban trabajo a millares de personas. Es muy probable que en las labores agrícolas se utilizase a los prisioneros de guerra, que no hubiesen sido objeto de canje, o a mercenarios que trabajaban haciendas de propiedad del Estado o de la Iglesia.

A más de la agricultura y de la ganadería, Bizancio ejercía el monopolio de la industria y el comercio universales. En primer término, mantuvo el padrón de oro hasta el siglo XI, cuando por vez primera envileció la moneda el emperador Nicéforos Botaniates. El oro se obtenía a lo largo de las posesiones bizantinas y constituía un rubro de importancia para la economía estatal. Bizancio monopolizaba también la industria de los objetos de oro, plata y cobre, la de los de uso eclesiástico y de las más diversas joyas<sup>25</sup>, todo lo cual procuraba ingentes ingresos. El sistema mo-

<sup>24</sup>Runciman, Steven: *ob cit.*, p. 149.

<sup>25</sup>Véase Ebersolt, J.: *Les Arts Somptuaires de Byzance*. París, 1928. Bréhier, L.: *La Sculpture et les Arts Mineurs Byzantins*. París, 1936.

netario bizantino a base del padrón de oro, casi exclusivo en la Edad Media, fue siempre ventajoso para el Estado, por cuanto a cambio de su moneda podía adquirir materia prima y diversos otros productos. Por ello que los bizantinos se sentían orgullosos de su moneda y procuraban desvalorizar la de los otros Estados. Tras el envilecimiento del signo monetario de oro bizantino y la acuñación de los ducados venecianos, la situación cambió rápidamente y el Imperio fue perdiendo sus privilegios. También monopolizaba Bizancio la elaboración del marfil y de las piedras preciosas, como asimismo tenía la exclusividad de la industria y comercio de la seda y las pieles. Bizancio vendía sus sedas —de muchas variedades y colorido— por toda Europa y otro tanto hacía con los objetos esmaltados, famosos y muy solicitados. Muchos eran los comerciantes extranjeros que debían llegar hasta Constantinopla a objeto de adquirir en ella, por lo menos, los objetos suntuarios. Claro está que ello en modo alguno significa que los bizantinos no ocuparan fuera de su territorio y en las provincias lejanas, tales como Quersón y Otava —isla del Mar Rojo— algunos puntos estratégicos adonde afluían las perlas, el marfil y otras piedras preciosas. En la España bizantina, de la que por razones económicas Justiniano tomó posesión y que conservó el Imperio hasta el siglo VII, tenían los bizantinos un buen mercado para colocar sus productos y una fuente principal de materias primas, sobre todo metales.

En distintas épocas y por los más diversos caminos, desde el Mar Rojo o el Golfo Pérsico o por la Ruta del Mar Caspio, arribaban los perfumes de la India y de la China.

Lo que no conocemos es si los mercaderes del Imperio practicaban el comercio de esclavos, es decir, si acostumbraban vender los prisioneros de guerra fuera del territorio imperial. Pero según las noticias que nos dan los entendidos, lo anterior no es digno de crédito. Sabemos positivamente que los venecianos transportaban y vendían esclavos a los germanos, y de éstos, seguramente, compraban a su vez los bizantinos<sup>26</sup>. También alcanzó considerable auge en Bizancio la industria y el comercio monopolizador de las armas. Aliados y amigos del Imperio le compraban armas y máquinas de guerra, contribuyendo así al aumento de sus entradas. Además, no debemos olvidar la talasocracia ejercida por Bizancio, do-

<sup>26</sup>Véase Amandos, C.: *ob. cit.*, p. 19.

minio que mantuvo por lo menos hasta fines del siglo VII. Por el Mediterráneo y por el Mar Negro los barcos del Imperio navegaban como dueños absolutos de las aguas, conduciendo materias primas y demás bienes; de todos los rincones de la tierra arribaban a Constantinopla imperial.

“Un poeta del siglo VI destaca magistralmente el hecho de que los buques mercantes del mundo entero navegaban plenos de esperanza hacia la ciudad Reina y los vientos mismos conspiraban para llevar a ella las mercancías con que se enriquecían sus ciudadanos. Tal fue en toda época el gran emporio en que se centralizaba el comercio del mundo. Los bazares de Bizancio, a lo largo del sector industrial (metropolitano), eran algo incomparable, donde se amontonaban los productos de la industria de lujo: “suntuosas tela de brillantes colore con ricos bordado de oro, prodigiosas orfebrerías, deslumbradoras alhajas, marfiles con delicadas tallas, bronces niquelado de plata, esmaltes alveolados con oro, todo esto brillaba en el comercio constantinopolitano, por esto decía Benjamín de Tudela que era una gran ciudad de negocios y que los comerciantes llegaban a ella de todos los países del mundo y que excepto Bagdad, no existía en el universo alguna que se le pudiera comparar”<sup>27</sup>.

Naturalmente, la piratería de los árabes obstaculizó por dos siglos a la marina mercante de Bizancio, pero posteriormente las grandes victorias navales devolvieron el poder al Imperio. Pero entretanto, y debido a las interminables y onerosas guerras, Bizancio se vio en la necesidad de otorgar garantías económicas a los venecianos e italianos, en general, las cuales fueron un golpe mortal para su propio comercio. Y la decadencia económica que sigue al siglo XII trasciende la esfera de lo político, contribuyendo al rápido agotamiento y prematura quiebra del Imperio.

Luego de esta ligera visión sobre el movimiento económico de Bizancio podemos formarnos una idea de su riqueza. O debe, por tanto, extrañarnos el que Constantinopla fuese durante siglos sinónimo de prosperidad: “era la ciudad cuyos tesoros no tenían tasa ni medida”<sup>28</sup>, la digna sucesora de Atenas, según la opinión del francés F. Lot.

La supervivencia de Bizancio debióse a la mayoría helénica de su población, a su superioridad espiritual y a sus múltiples posi-

<sup>27</sup>Diehl, C.: *ob cit.*, pp. 70-71.

<sup>28</sup>Runciman, Steven: *ob cit.*, p. 149.

bilidades económicas. Si pensamos, por un momento, que esa población hubiese sido eslava, con la unilateralidad de su economía agrícola-pastoril, no habría podido perdurar un Estado como Bizancio, que precisaba de enormes ingresos para sufragar los gastos demandados por las guerras que debía sostener contra los bárbaros, para sobornar a pueblos enteros y resguardar sus fronteras.

A no mediar, pues, su poderío económico, no habría sido posible la milenaria vida del Imperio ni su obra civilizadora. En verdad, ¿qué otro pueblo hubiese podido continuar cultivando las letras griegas y franquear el paso de la sabiduría antigua a la cristiana y desarrollar una vasta literatura, como fue la apologética, la dogmática, el derecho canónico, la poesía eclesiástica, la historia eclesiástica, etc.? ¿Qué otro pueblo, piadoso como lo fue el bizantino, hubiera coleccionado en sus monasterios los antiguos manuscritos griegos para después copiarlos e interpretarlos?

### *El legado de Bizancio.*

La supremacía espiritual de los bizantinos les permitió no sólo conservar y codificar el derecho romano, sino además completarlo de acuerdo con el espíritu cristiano y las costumbres y formas de vida del Oriente helénico. Los servicios ofrecidos por los legisladores griegos de Bizancio, a partir de Justiniano, constituyen una obra trascendental cuyo equivalente las naciones todas del medioevo no pueden señalar. Si el helenismo de Bizancio no muestra en todas las expresiones del espíritu la fuerza creadora y la originalidad de los antiguos griegos, ello se debe, como vimos anteriormente, a la falta de contacto directo con el alma del pueblo y a la necesidad de la ortodoxia de poner límites precisos a la libertad espiritual, mas no por ello dejó de crear obras de importancia y, en parte, originales, en la literatura eclesiástica, en la ciencia militar, en el arte, en la legislación y aun quizás en la medicina, hasta ahora insuficientemente estudiada. Y sobre todas estas cosas, el arte de Bizancio, que recibiera alguno de los elementos del exterior, e en su conjunto, helénico, con su decoración, su armonía, su luminosidad, y tuvo ostensible influencia entre los pueblos cristianos y de otras creencias. A decir verdad, sólo el arte de Bizancio bastaría para glorificar la civilización del Imperio griego medieval.

Los helenos de Bizancio han ofrecido a Europa servicios

análogos a los del helenismo clásico, no tan sólo por haberla protegido mil años de las devastadoras invasiones de los asiáticos, sino también porque, durante la Edad Media<sup>29</sup>, casi fueron los únicos que reportaron beneficios a la civilización.

### *La Cuarta Cruzada: Decadencia del Imperio.*

Sin embargo, la catástrofe, “la hora lúgubre del pillaje, el saqueo y la matanza de 1453, quedó anticipada con lujo de crueldad por los innoblemente llamados “cruzados” de 1204”<sup>30</sup>.

<sup>29</sup>“El concepto de Medieval, época intermedia entre el Antiguo y Nuevo Mundo, es relativamente antiguo”.

Así comienza el profesor D. Zakythinós su excelente artículo intitulado *La conquista de Constantinopla y el fin del Medieval*, publicado en 1953, en el tomo recordatorio de los 500 años de la caída de Constantinopla, el 29 de mayo, hecho de trascendencia histórica que conmemoró también la Universidad de Chile, según ya hemos mencionado en el prólogo.

En su trabajo, el eminente bizantinista, profesor de la Universidad de Atenas, hace una investigación exhaustiva sobre “La batalla por el medieval” —como caracteriza el problema A. Dove, en su artículo intitulado *Der Streit um das Mittelalter*, *Hist. Zeitschrift*, 1916. v. 116, p. 209. Una de las obras más recientes de G. Falco, lleva el mismo título *La polemica sul Medio Evo*, Turín, 1933. El problema, según nos informa en su estudio el bizantinista griego, ha dado origen a serias e interesantes controversias a partir de la segunda mitad del siglo xv en que empezó a hacerse uso de los términos *media tempestas*, *media aetas*, *medium aevum*. Giovanni Andrea, obispo de Córcega, parece haber empleado primero la expresión *Media tempestas: mediae tempestatis tum veteras, tum recentiores usque ad nostra tempora* (F. Lot, en *Histoire du Moyen Age*, tomo A, p. 1). Después de referirse a las opiniones de los historiadores que se ocuparon del asunto, el profesor Zakythinó concluye en uno de los acápites de su artículo, completísimo desde el punto de vista bibliográfico:

“La Edad Media se ha dividido en una multitud de medievos, cuyos límites varían. Sin embargo, lo importante radica en que, durante largo tiempo, la sociedad europea consideró la caída del Imperio Helénico como un acontecimiento ecuménico férreamente ligado con el fin de la Edad Media”.

El valor simbólico de este concepto es muy grande; pues en momentos críticos, el mundo cristiano se sintió mutuamente unido frente al peligro. Bizancio encontrándose agonizando, se informaba sobre los sufrimientos del Occidente, pues hasta allí llegó la leyenda de Juana de Arco, como dice Vasiliév (*La Guerre de Cent ans et Jeanne d'Arc dans la tradition byzantine*, *Byzantion*, 1926, v. 3, p. 241 y sig.).

Zakythinós: *La Conquista de Constantinopla y el fin de la Edad Media*. Tomo recordatorio del 500 aniversario, desde la Conquista de Constantinopla. Atenas, 1953, p. 77-99.

<sup>30</sup>Pascal, Enrique: *Primera Semana Bizantina*. Universidad Católica de Valparaíso. Valparaíso, 1958, p. 11.

“La iniciativa para llevar a efecto la Cuarta Cruzada pertenece al papa Inocencio III, quien no sólo fue una de las más grandes personalidades del siglo XII, sino al mismo tiempo uno de los más enérgicos pontífices de la Iglesia occidental”. El fracaso de la Tercera Cruzada y la estéril tentativa para libertar Jerusalén, fueron las razones y móviles principales que prendieron el entusiasmo de las masas en la Europa occidental.

Inocencio ocupó el solio papal a la edad de 37 años. Era descendiente de una noble familia de *Comitibus* de la Campania romana y había recibido una esmerada educación en París y Bolonia. Era de una moral muy pura, inteligente y dinámico y muy pronto se percató de que las condiciones eran favorables para extender el poder pontificio en el Oriente.

Bizancio atravesaba entonces por un período de franca decadencia moral, económica y política, siendo el emperador en esa sazón totalmente incapaz de hacer frente a la crítica situación. El Imperio que en el curso de tantas centurias venía rechazando con éxito a enemigos que lo asediaban desde el oeste, el norte y el oriente, se encontraba, desde todo punto de vista, en un deplorable estado.

En Occidente, aun cuando la mayor parte de los gobernantes concentraba su atención en los problemas internos de sus Estados, ello no obstante, la predicación del Papa encontró considerable eco, sobre todo entre los caballeros, por lo cual no transcurrió mucho tiempo antes que se constituyera la nueva Cruzada, “curiosa aventura” destinada a apartarse de su objetivo. Conveniencias de índole política, religiosa, económica, ambiciones diversas “u otros deseos secretos”, iban a encontrar una puerta de escape en la expedición dirigida contra Oriente, cuyas debilidades eran ya conocidas.

Por otra parte, las ciudades italianas, y en especial Venecia, que había conseguido tantos privilegios económicos y mercantiles, no fueron agitadas tan sólo por una exaltación religiosa. En la ciudad de Basilea, el abad Martino, predicando a los germanos desde el púlpito, no cesaba de recordarles que además del reino de los cielos recibirían igualmente considerables recompensas materiales<sup>31</sup>. Enrique Dandolo, duque de Venecia, que en esa época contaba con más de ochenta años de edad y era un hábil político,

<sup>31</sup>Kalligas, P.: *Estudios sobre Historia Bizantina (1205-1453)*. Atenas, 1894 p. 6.

“tal vez el mejor político de su tiempo”, habría de dirigir la Cuarta Cruzada y alterar el rumbo de ella. Era un hombre de grande experiencia y unamamente activo, teniendo a su favor, más que cualquiera otro, un vasto conocimiento de los asuntos de Bizancio, pues había sido anteriormente embajador en Constantinopla. Era, por consiguiente, el más señalado de los caudillos<sup>32</sup>.

El Papa Inocencio, que de eaba tener de su parte en esta empresa también a Bizancio para neutralizar la potencia del Estado germano, solicitó a Alejo III cooperación contra los infieles, al mismo tiempo que la unión de las Iglesias. El Emperador, interiorizado por una parte de lo que habría de sobrevenir una vez más con los cruzados, y por otra, del espíritu del clero bizantino respecto de la unión de ambas confesione , no rechazó directamente las proposiciones del Papa, respondiendo en forma indirecta que “respecto de Jerusalén no negaba su cooperación, pero que creía que el omnipotente conoce la hora precisa, por eso estaban de más los numerosos ejército que hasta ese entonces fueron perjudiciales para su Estado, y en lo que respecta a la unión eclesiástica so tuvo que en Oriente no había partidarios de ella, de suerte que todo esfuerzo en ese sentido resultaría infructuoso”<sup>33</sup>. Claro está que los esfuerzos del Papa tendían a inclinar e en provecho sólo del Occidente, donde despertó el entusiasmo de las muchedumbres, valiéndose de oradores especialmente aleccionados para el efecto. Encontró, pues, aceptación, si bien no de parte de monarcas de Francia, Alemania e Inglaterra, preocupado de los asuntos internos de sus respectivos reinos, de muchos caballeros franceses y de los venecianos encabezados por el duque Dandolo.

Venecia, valiéndose de la carencia de dinero y de medios de transporte de los cruzados, logró subordinárselo a cambio de préstamo per onales y de poner en práctica sus planes. “Practicaban —pues— una política nada noble”<sup>34</sup>. En compensación a la ayuda pre tada a los expedicionarios pidieron que éstos conquistaran la ciudad dálmata de Zara, que pertenecía a los húngaros, quienes a su vez participaban en la Cruzada. Estaba vi to que para Dandolo muy poca importancia tenía la conquista de los Santos Lugares.

La intervención del Papa Inocencio, que llegó al extremo de

<sup>32</sup>Diehl, C.: *ob cit.*, p. 47 y siguientes.

<sup>33</sup>Kalligas, P.: *ob cit.*, p. 32.

<sup>34</sup>Hesseling: *ob cit.*, p. 254

excomulgar a los cruzados por su actitud anticristiana, no causó la más mínima impresión en el ánimo de los venecianos, como tampoco las protestas de los habitantes cristianos de la ciudad, quienes no cesaban de colgar de sus muros los íconos de Cristo. Zara fue ocupada tras un sitio de cinco días (1202), sufriendo todas las consecuencias nefastas de parte de sus conquistadores.

Entretanto, el hijo del destronado Isaac Angel, llamado Alejo —hermano de la mujer de Felipe de Suabia, Irene—, fugado de la cárcel donde se hallaba recluido, se dirigió a Felipe, al Papa y a Dandolo, ofreciendo gran cantidad de dinero a los cruzados si aquéllos deseaban ayudarle para restaurar en el trono a su padre Isaac. La oportunidad era de suyo propicia y obtuvieron partido de ella mancomunadamente Dandolo y Bonifacio de Monferrato, jefe de los italianos —los franceses no tuvieron el menor reparo, como Balduino de Flandes y otros— y en mayo de 1203 se firmaba en Corfú el pacto para realizar una expedición contra Constantinopla. De esta suerte, “Venecia, que deseaba cobrar una deuda a Bizancio, enviaba esta Cuarta Cruzada contra sus hermanos cristianos del Bósforo”<sup>35</sup>.

La Cuarta Cruzada estaba, pues, distante de tener como finalidad la liberación de los Santos Lugares. Ella fue, según expresión de Diehl, “el resultado de odios religiosos, ambiciones políticas, codicia económica e irreductible antagonismo de dos razas y dos mundos”<sup>36</sup>. Los historiadores atribuyen la responsabilidad a Enrique Dandolo. Evidentemente, dos jefes principales fueron los impulsores de esta empresa: el Papa Inocencio III, que era el “representante del elemento religioso de la expedición y que deseaba vivamente arrancar los Santos Lugares de manos musulmanas, así como la unión con la Iglesia oriental; y el duque Enrique Dandolo, representante del principio profano y que ponía ante todo los intereses materiales y mercantiles”<sup>37</sup>. El idealismo del Pontífice romano si fue en verdad completamente recto, estuvo, en cambio subordinado a los intereses e insistencias del anciano político de Venecia<sup>38</sup>. Vasiliev examina con todo detalle este suceso

<sup>35</sup>Belloc, H.: *Las Cruzadas*. Traducción de P. de Olazábal. Buenos Aires, 1944, pp. 373-374.

<sup>36</sup>Diehl, C.: *ob cit.*, p. 190.

<sup>37</sup>Vasiliev, A. A.: *Historia del Imperio Bizantino*. Trad. de la edición francesa, por J. G. de Luaces. Barcelona, 1946, 2 v., v. 2, p. 93.

<sup>38</sup>Heisenberg: *ob cit.*, p. 236-237.

y se refiere a las opiniones emitidas por diversos historiadores<sup>39</sup>, concluyendo por citar el juicio del estudioso francés Luchaire, quien dijo que la verdad “no se sabrá jamás, y la ciencia tiene mejores cosas que hacer en vez de discutir un problema insoluble”.

La conquista de Constantinopla por los cruzados, haya sido premeditada o casual, tuvo consecuencias que desde todo punto de vista son deplorables y catastróficas. La situación de la capital del Imperio Bizantino era angustiosa cuando a fines del mes de junio de 1203 llegó ante la ciudad la escuadra cruzada. Prodújose entonces la confusión entre sus moradores, los expedicionarios admiraban a la reina de las metrópolis, en tanto el Emperador Alejo III, amedrentado, no atinaba a tomar ninguna actitud. La resistencia ofrecida fue pronto dominada y el Emperador se dio a la fuga llevando consigo el tesoro fiscal, mientras que Isaac ocupaba de nuevo el trono designando a su hijo coemperador, el cual pasó a llamarse Alejo IV. Hasta este suceso, la primera parte del acuerdo signado en Corfú se llevaba a efecto al pie de la letra, pero quedaba por realizar su segunda parte, de mayor importancia para Dandolo y los cruzados: la cancelación de la cantidad acordada, la cual era imposible de reunir hasta el momento, aun cuando el oro y la plata de las ornamentaciones de Santa Sofía y de otros templos fueron incautados para tal efecto. En un encuentro entre Alejo y Dandolo, el anciano duque, presa de furia, increpó de esta guisa al nuevo emperador: “del cieno os sacamos y en el cieno os hundiremos”<sup>40</sup>. La guerra se había declarado contra Bizancio a partir de ese momento. Revoluciones intestinas, gestadas contra Isaac y Alejo IV, tuvieron por resultado el caos, el terrorismo y los choques. Alejo Ducas Murzuflo, imponiéndose en tales circunstancias, condenó a la horca a Alejo IV, en tanto poco más tarde moría Isaac. Tal fue el fin de la familia de los Angeles, cuyo postrer defensor y adalid fue Teodoro Láscaris, fundador posteriormente de la dinastía de Nicea. Constantinopla fue ocupada por los francos, comenzando el saqueo de la ciudad.

Aquel ejército que había jurado no dañar la vida ni los bienes de los cristianos, sobrepasó los límites de la barbarie que puede perpetrar mano humana. Como dice Runciman, “es difícil exagerar el daño causado a la civilización europea por el saqueo de Constantinopla. Los tesoros de la ciudad, los libros y obras de

<sup>39</sup>Vasiliev, A. A.: *ob cit.*, v. 2, pp. 95-99.

<sup>40</sup>Kalligas, P.: *ob cit.*, p. 43.

arte, conservados desde centurias remotas, fueron todos dispersados y la mayor parte destruidos. El Imperio, el gran baluarte oriental de la cristiandad, fue destrozado como poder<sup>41</sup>. Y en verdad, durante tres días los cruzados nada respetaron, “ni los templos, ni los objetos sacros, ni los monumentos, ni las propiedades privadas escaparon al pillaje. Además de los caballeros occidentales y sus soldados, participaron en la rapiña monjes y abades latinos<sup>42</sup>. Así probablemente se explica por qué muchas reliquias, manuscritos y obras de arte se encuentran hasta hoy en San Marcos de Venecia y en iglesias de Francia<sup>43</sup>.

Las riquezas del Oriente y las maravillas de la antigüedad, que durante tantos siglos se hallaban guardadas en Constantinopla, fueron arruinadas y saqueadas. Nicetas Coniata, que fue testigo presencial de aquella terrible catástrofe, nos habla con profundo dolor y sentida pena sobre lo ocurrido y nos entrega una imagen tan decepcionante de la actuación de aquellos defensores de Cristo: “Al son de los clarines y blandiendo sus desnudas espadas, lanzáronse al pillaje en casas e iglesias. No sé cómo empezar la reseña de las impiedades que aquellos desalmados cometieron. Destrozaron las Santas Imágenes adoradas por los fieles. Lanzaron las reliquias de los mártires a lugares inmundos que vergüenza da nombrar. Expandieron el Cuerpo y la Sangre del Salvador. Estos precursores del Anticristo y autores de profanaciones que debían preceder su llegada, tomaron los cálices y copones y después de haber arrancado la pedrería y demás adornos, se sirvieron de ellos para beber. No se puede pensar sin horror en las profanaciones que hicieron en la Gran Iglesia. Rompieron el altar enteramente construido con materias preciosas, objeto de la admiración de todas las naciones, repartiéndose sus fragmentos al igual que todo lo que había de más valor en la iglesia. Hicieron entrar bajo las naves a los mulos y caballos para cargar en ellos los vasos sagrados, la plata cincelada y el oro que habían arrancado del púlpito, del atril y de las puertas, además de una infinidad de otros objeto ; y habiendo caído sobre el resbaladizo pavimento algunas de aquellas cabalgaduras, les pincharon con sus espadas, manchando la iglesia con su sangre y con sus inm-

<sup>41</sup>Runciman, S.: *ob cit.*, p. 47. Véase también Grousset, R., *Les Croisades*. París, 1944, p. 99: “Dans ce conservatoire de la culture grécoromaine, les vainqueurs se livrèrent a un pillage afreux”.

<sup>42</sup>Vasiliev, A. A.: *ob cit.*, v. 2, p. 102.

<sup>43</sup>Ebersolt, J.: *Orient et Occident*, 1929, p. 19 (cita Amandos).

dicias. Una mujer pública, vitrina ambulante de encantos y sortilegio, sentóse en el solio patriarcal, entonando una canción obscena y bailando luego en la iglesia... Con un furor salvaje violaron todas las mujeres y especialmente las más dignas de respeto, las más virtuosas, las jóvenes más inocentes y las religiosas consagradas a Dios... Toda la población era un mar de lágrimas, de de esperación, de gritos y quejido”.

Y sigue el cronista bizantino, dirigiéndose a la Polis devastada: ¡Ciudad —exclama Nicetas— que fuiste el esplendor de todas las ciudades y la luz del mundo, madre de las iglesias, fuente de la fe. señora de la ortodoxia, sede de las ciencias, tú ha bebido hasta la última gota la copa de la cólera, tú has sido consumida por un fuego más devorador que el que aniquiló las cinco ciudades criminales!... ¡Oh, Reina adornada con la púrpura imperial, hete aquí prosternada en el fango!... ¡Cuándo es que el Señor te dirá: ¡Levántate! ¡Tú ha vaciado la copa de la de olación! ¡Recobra tu fuerza y tu gloria!”<sup>44</sup>.

Tal fue la suerte corrida por los tesoro acumulados y guardados por tantos siglos en la gran capital del Oriente. Aun en nuestros días adornan la iglesia de San Marcos de Venecia cuatro caballos de bronce. “el más bello ornamento del Hipódromo constantinopolitano”. Este era un regalo per onal de Dandolo. De acuerdo con la expresión de Villehardouin, “nunca desde que el mundo fue creado se ganó tanto (botín) en una ciudad”<sup>45</sup>.

El pillaje y la destrucción duraron, según se ha dicho, tres largos días y probablemente no habría cesado i no se hubiese producido un eclipse de sol, que fue considerado como eñal de la ira divina contra aquellos que con tanta saña se comportaron frente a hombres de su mismo credo. Entonces decidieron establecer la disciplina y el orden, elegir un emperador y al mismo tiempo realizar la distribución del Imperio y de sus bienes, según el acuerdo que habían adoptado los cruzados.

No era posible elegir emperador entre los mismo venecianos, por cuanto su ciudad constituía una democracia: por otra parte, Enrique Dandolo deseaba conquistar en lo posible la mayor parte del país y obtener privilegios comerciales<sup>46</sup>. Pero ello no signifi-

<sup>44</sup>Citado por Bailly, A.: *Bizancio*. Trad. de L. Martin y M. del C. Salgado. Barcelona, 1943, pp. 290-291.

<sup>45</sup>Villehardouin: *La conquista de Constantinople*. Edición y trad. por E. Faral. París, 1938, p. 147 (cita Vasiliev, *ob cit.*, v. 2, p. 102).

<sup>46</sup>Kalligas, P.: *ob cit.*, p. 49.

caba que fuese indiferente en la designación de la persona que debería ejercer como emperador. La preferencia del veneciano se hizo ostensible hacia Balduino, conde de Flandes, y no hacia Bonifacio de Monferrato, jefe de la Cruzada. En mayo de 1204, Balduino era solemnemente proclamado emperador de Constantinopla, teniendo la ceremonia lugar en la iglesia de Santa Sofía. El veneciano Tomás Morosini fue nombrado patriarca.

Estas importantes designaciones habían sido todas previstas por Dandolo y redundaban en beneficio de Venecia, en conformidad con el acuerdo concluido en marzo de 1203.

### *Repartición del Imperio Bizantino.*

También en lo relativo a la distribución territorial del Imperio, Venecia salió más favorecida que el resto de los participantes en este reparto. Las cinco octavas partes de Constantinopla fueron cedidas a Balduino y los restantes tres octavos, incluida la Iglesia de Santa Sofía, a Venecia<sup>47</sup>. Bajo el dominio del emperador de Constantinopla quedaron la región meridional de Tracia y la parte septentrional de Bitinia, vale decir, los territorios que se extienden a ambos lados de la Propóntide, como asimismo las islas del mar Egeo: Quíos, Lesbos, Samos y Creta, esta última prometida por Alejo IV a los cruzados. Bonifacio de Monferrato fundó el llamado reino de Salónica, que fue incorporado a la soberanía de Balduino.

De este reparto, Venecia se adjudicó, como se ha dicho, “la porción del león”, de suerte que Dandolo adoptó el título de déspota de un cuarto y medio de Romania (*Quartae partis et dimidia totius Imperii Romaniae dominator*)<sup>48</sup>. En estos territorios quedaban incluidas las mejores islas y puertos, de tal suerte que el comercio y el dominio del mar quedaron en poder de los venecianos, y así sus adversarios pirosos y genoveses fueron neutralizados. La isla de Creta, que había sido vendida a los venecianos por Bonifacio y habían ocupado más tarde los genoveses a través de su jefe pirata Enrique Pescatore (1206), permaneció finalmente en manos de la democracia de Venecia (1210). Esta isla era muy útil merced a su espléndida situación geográfica, ubicada en medio de la ruta comercial que abarcaba desde Italia hasta las costas del Oriente y de Egipto, como asimismo debía

<sup>47</sup>Algo análogo a la distribución de Berlín.

<sup>48</sup>Kalligas, P.: *ob cit.*, p. 51. Grousset, *ob cit.*, p. 104.

su importancia a los puertos y productos que poseía<sup>49</sup>. De esta suerte, Venecia adquirió una total independencia, al punto que el duque no reconocía la potestad del emperador de Constantinopla. La potencia de esta democracia duraría varios siglos. “El Imperio colonial de Venecia subsistió durante siglos y sus últimas posesiones, las islas del mar Jónico, permanecieron bajo el dominio veneciano hasta el año 1797”<sup>50</sup>. En cambio, el Imperio latino, organizado a la manera feudal (en 1204 Balduino ordenó a seiscientos caballeros, concediéndoles feudos), “duró lo que una larga vida de hombre, no más”<sup>51</sup>.

Atenas y el Atica fueron dadas por Bonifacio de Monferrato a su amigo y compañero de guerra, Otón de la Roche sur Ougnon, hijo de un eupátrida burgundio<sup>52</sup>, jefe de la familia de la Roche, la que gobernó desde 1204 hasta 1308. Otro tanto ocurrió con el Peloponeso, que pasó a constituir el principado francés de Acaya o de Morea. Dos franceses, Guillermo de Champlitte y Godofredo de Villehardouin —sobrino del conocido historiador del mismo nombre—, fueron los fundadores y gobernantes de ese principado, contando siempre, naturalmente, con la anuencia de Bonifacio de Salónica. El principado de Acaya fue organizado teniendo como base el sistema feudal y tuvo un extraordinario desarrollo económico, mercantil y social, y el Peloponeso sembróse de construcciones medievales y famosos castillos, como el de Mistrá y otros. Este castillo se desarrolló paulatinamente en ciudad y hacia mediados del siglo XIII pasó a ser la capital del despotado del mismo nombre. Hoy todavía “sorprende a los sabios y turistas por las grandiosas dimensiones de sus edificios semiarruinados y constituye uno de los más asombrosos monumentos de Europa”<sup>53</sup>. Sobre todo lo relacionado con el dominio de los francos en el Peloponeso, nos proporciona amplias informaciones la Crónica de Morea<sup>54</sup>.

<sup>49</sup>Xanthudides, S.: *Creta, Historia y Descripción de sus Antigüedades*. Atenas, 1909, pp. 78-79.

<sup>50</sup>Amandos, *ob cit.*, v. 2, p. 422.

<sup>51</sup>Belloc: *ob cit.*, p. 374.

<sup>52</sup>Kerofilas, C.: *Historia de Atenas bajo los bizantinos y los francos (330-1456)*. Atenas, 1933, pp. 64 y sig.

<sup>53</sup>Vasiliev, A. A.: *ob cit.*, v. 2, p. 108.

<sup>54</sup>Crónica de Morea es el nombre que recibe una poesía épico-didáctica, compuesta de más de nueve mil versos y escrita por un gazmulo (hijo de madre griega y padre franco), en la cual se describe detalladamente la conquista del Peloponeso por los francos. En esta Crónica se ensalza a los francos, en tanto que a los griegos se les humilla. Para el autor de la Crónica, los cruzados fueron impulsados por nobles propósitos; en cambio, el emperador

El dominio de los francos en el Peloponeso sirvió, además, de fuente de inspiración a muchos literatos, aun al propio Goethe en la composición del tercer acto de la segunda parte de Fausto<sup>55</sup>.

Hasta aquí llega nuestro esfuerzo, cuya finalidad ha sido ofrecer una idea general acerca de la génesis, la formación y por último, la decadencia del Imperio Bizantino.

El período que sigue a la conquista de Constantinopla por los francos y durante el cual se organizaron una serie de estados helénicos y francos (imperios, ducados, principados, despotados, etc.) constituye una etapa histórica especial.

Ha quedado, sin embargo, demostrado, con todo cuanto en síntesis hemos expuesto, que el Imperio Bizantino no fue la continuación y la decadencia del Imperio Romano, cuyo aporte, no obstante, no admite discusión en lo que respecta a la creación de aquel largo período histórico de diez siglos, que constituyó un Estado aparte en el Oriente y cuyos servicios fueron tan notables.

Hoy en día ya no son aceptables las antiguas críticas e ideas formuladas en torno a Bizancio, ni tampoco posee validez el término característico de “bizantinismo”, tan injusto y perjudicial para la historia del Estado helénico medieval. Según la opinión de un erudito, “el tópico que ha hecho de la palabra “bizantinismo” una expresión técnica habitual para designar el servilismo —y las largas discusiones religiosas, agregaríamos nosotros—, ha nacido del más completo desconocimiento de las circunstancias y ha quitado a la generalidad de los lectores el gusto para el estudio de la historia del Imperio de Oriente”. Pues el estudio de este período de mil años de Bizancio fue desechado y despreciado como ninguno otro de la historia universal.

En la actualidad, ya nadie duda que el Imperio Bizantino, durante su larga y perturbada vida, fue no sólo el bastión inmovible que puso atajo a las invasiones bárbaras, la sede del cristianismo, el guardián del tesoro espiritual de la antigua Grecia,

---

de Constantinopla habría sido un herético infiel indigno de toda confianza. La Crónica de Morea ha llegado hasta nosotros en cuatro idiomas: griego, francés, aragonés e italiano y nos proporciona interesantes informaciones acerca de la historia de los estados fundados por los francos en el Peloponeso después de la Cuarta Cruzada; sobre su organización feudal, social, económica, etc. Véase Hesseling: *ob. cit.*, pp. 350-351. Vasiliev: *ob. cit.*, v. 2, pp. 108-109. Diehl-Economos: *L'Europe orientale de 1081 a 1453*. París, 1945, p. 415.

<sup>55</sup>Vasiliev, A. A.: *ob. cit.*, v. 2, p. 109. Véase además Malleros, Fotios: *Elena de Goethe...*, pp. 53-71.

ino que, al mismo tiempo, dio pábulo a la creación de arte, derecho, literatura, ideas y tradiciones que se han conservado hasta nuestros días y “cuyo verdadero origen no se reconoce muchas veces”.

### *Bizancio y el Renacimiento.*

Después de su decadencia y ruina final tras la conquista de Constantinopla por los turcos (29 de mayo de 1453), debida a las anomalías internas del Imperio y a las ambiciones políticas, religiosas y económicas del Occidente, Bizancio, con sus brillantes tradiciones y sus eruditos siguió ofreciendo amplios servicios de enorme utilidad en la formación de la civilización de Oriente y Occidente, vale decir, de la civilización universal.

A pesar de la resistencia que aún presentan ciertos historiadores, se ha demostrado que el célebre Renacimiento se debió, en parte, a Bizancio. A este respecto, un sabio bizantinista francés se expresa así: “Si es exagerado decir, como se ha hecho, que sin Bizancio la humanidad no hubiera estado segura de ver el Renacimiento, por lo menos es indiscutible que Bizancio ayudó a producirlo de un modo prodigioso”.

En los albores del siglo XIV, y también más tarde, a mediados del siglo XV y comienzos del XVI, Crisoloras, Argirópulos, Teodoro de Gaza y otras de tacadas figuras se constituyeron en los precursores del Renacimiento europeo al divulgar a los autores clásicos, y los filósofos Pléthon Gemisto y Bessarion, continuadores de la filosofía platónica, prosiguieron de de las universidades de Occidente desarrollando su fecunda labor. Bessarion, por su vasta cultura y el conocimiento cabal del latín y del griego, fue caracterizado por Valla, uno de los más eminentes humanistas, como el más griego de los latinos y el más latino de los griegos *Latinorum Graecissimus et Graecorum Latinissimus*<sup>56</sup>. “La obra de cultura tan miserablemente destruida en 1204 era apreciada en Occidente”. A través de estos dos filósofos la Italia del siglo XV conoció a Platón, y desde Florencia el platonismo se divulgó por todo el Occidente, ejerciendo una influencia profunda y benéfica.

En Occidente, si bien Aristóteles era conocido, Platón, en cambio, era totalmente ignorado, en tanto que en Constantinopla ya desde el siglo XI por ellos y otros destacados valores espirituales

<sup>56</sup>Vasiliev, A. A.: *ob cit.*, v. 2, pp. 367-368. Diehl, Ch.: *ob cit.*, p. 239.

“habían puesto a la orden del día las doctrinas platónicas”. ¿Qué significación tuvo el conocimiento de Platón para el Occidente y, sobre todo, para el Renacimiento? Con toda justicia se ha sostenido que el Renacimiento de Italia surgió de la necesidad intelectual y psíquica de elevación a través de las obras de arte en el mundo de las ideas, pero el Renacimiento tomó su contenido y su forma por intermedio de Platón. Así, Bizancio no “fue sólo la educadora del Oriente eslavo y árabe; en su escuela aprendió mucho el Occidente, y por irradiación suya se encendió en el siglo xv la antorcha del Renacimiento”.

“Sin Bizancio —dice H. Gelzer— los árabes quedarían, a pesar de sus aptitudes, casi bárbaros, como estaban en la época de Mahoma. Sin embargo encontraron en Antioquía, Alejandría y Edesa libros helénicos. Las obras filosóficas, geográficas y matemáticas de los griegos fueron traducidas al árabe y ejercieron inmensa influencia desde España y Mauritania en el Occidente hasta las Indias y Fergona en el Oriente... Sin Bizancio la humanidad no habría visto la gran época del Renacimiento de los siglos XIV y XV”<sup>57</sup>.

Aquel Imperio, pues, cuya historia está llena de luchas heroicas, de intrigas, de odios, de crímenes, de fiestas magnificentes, de disquisiciones religiosas, de lujo fastuoso y de miseria, de tragedias amorosas y ambiciones sin límites; llena de majestuosidad romana, del positivismo helénico y el misticismo oriental, el Imperio que “había conservado los vicios, esta mezcla de refinamiento y de primitivismo, esta superstición, esta devoción a los íconos y a los monjes, este orgullo feudal, este placer por el sufrimiento y por lo desmesurado que vemos mantenerse en el transcurso de los diez siglos de su historia”, aquel Imperio que tuvo por centro y capital a la Reina del Cuerno de Oro, a la Polis —que fue por largos siglos el sueño acariciado por todos los hombres de la tierra— merece no sólo nuestro estudio, sino también nuestra admiración y la gratitud de la humanidad<sup>58</sup>.

<sup>57</sup>Gelzer, H.: *Byzantinische Kulturgeschichte*. Tübingen, 1909, p. 17 (cita Amandos: *ob cit.*, v. 1, p. 24).

<sup>58</sup>Malleros, Fotios: *ob cit.*, pp. 534 y siguientes.

## Byzantium and its Importance in World History

It is no longer held that the spiritual and intellectual life of Byzantium was static and decadent. It is true that we cannot compare it with the Hellenic classical period, but in itself it was very rich and had its own importance.

The geographic position of the Byzantine Empire and its extension through Europe, Asia and Africa plus its supremacy extending to the Indic Ocean, were the essential conditions of its long survival. On the other hand these same conditions were dangerous because the Empire was exposed to invasions. As we know, the Empire fought against the Germans and other barbarians, the Persians and the Arabs. When at last the Arabs were defeated, the Turks appeared and began their infiltration. During ten centuries the Byzantine Empire fought against its enemies and repelled the barbarians who tried to invade Europe; during all this time the Empire protected its so called Roman civilization. I say this because they were no longer Roman, they did not speak Latin but Greek and they knew classical literature and the Christian writers.

Byzantine Art must be interpreted as the product of Greek influence. Through the Byzantine style we can see the Hellenic spirit and we cannot doubt that the majority of the population were Greek. We must also mention the monasteries where classical letters were also cultivated and we have to consider the philanthropic work which first appeared in Byzantium.

It is convenient to say something about the economical life of the Empire. From the VII century on, the economy was directed by the Greeks and they gave great importance to agriculture. The State gave lands to the soldiers and received their protection; when they stopped doing so, during the XI century, the Empire lost Asia Minor. Agriculture and cattle-raising were well organized and the Empire also had the monopoly of world commerce and industry.

Byzantium's long survival was due to the following reasons: the majority of its population were Greek; they were spiritually superior and they had better economic possibilities. But the IV Crusade destroyed the Empire; the crusaders stole the treasure

and wonders of antiquity that had been preserved by the Byzantines. In a word they were worse than the barbarians because they killed and tortured their own Christian brothers. They divided the Empire among themselves.

But even after the Turks conquered Constantinople, Byzantium with its traditions continued giving light not only to Eastern but also to Western civilization. It is true that it contributed to the Renaissance; through the works of the philosophers Bessarion and Pleton Gimisto Plato was known in Italy during the xv century and Plato's philosophy gave meaning to the Renaissance.

As Professor Malleros says: "the protection the Empire gave to Europe during one thousand years, its assimilation of christianity and of the Eastern religions, its continuous fight against heresy, the religious union imposed by orthodoxy and the amazing and moving providence of the Church, are the deeds that have a cosmo-historic importance and mark one of the periods of great significance in World History".